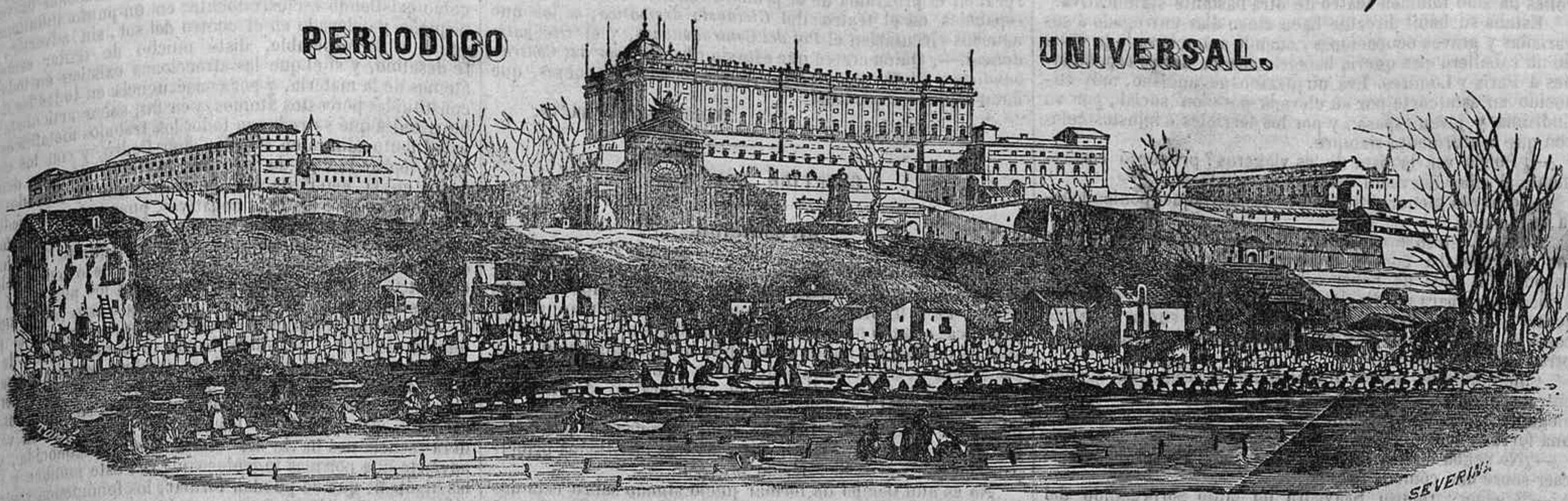


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 21.—SÁBADO 24 DE MAYO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

REVISTA DE MADRID.

Por fin despues de largos dias de invierno en mitad del mes de mayo, el sol se ha decidido á vivificar con sus ardientes destellos las pobres flores, místicas y yertas en los jardines; por fin despues de lluvias infinitas y de vendabales sin cuento, la primavera se ha dignado aparecer entre nosotros en el año de gracia de 1851.—Aunque tardía y perezosa, ó quizás por eso mismo, todos y todo la han recibido y festejado con efusion y alegría; á un tiempo las rosas han entreabierto sus perfumados cálices, y dejado oír los ruidos de sus primeros trinos: á un tiempo el dulce susurro de las fuentes y el grato murmurar de los arroyos han vuelto á resonar en la pradera; á un tiempo han desaparecido las pieles, el merino y el terciopelo, y reemplazádolos el tul, la gasa, y el encaje.—Ya todo rie, ya todo canta en la naturaleza: se busca la campiña y se desdén el teatro; se prefiere los bosquillos á los salones; se habla mucho de viajes, y nada, absolutamente nada de saraos ni de fiestas.

Segun se vé, la sociedad madrileña vuelve á las aficiones bucólicas, que experimenta invariablemente en los veranos; y no obstante, esta vez la detendrán mas que de costumbre en Madrid dos causas muy poderosas: las funciones del teatro Real, que deben prolongarse durante junio, y la apertura de las córtés, que se verificará el primero del propio mes.—Y permitáenos consignar aquí de pasada que fuimos buenos profetas al anunciar que la mayoría del nuevo congreso seria *fashionable*;—recorriendo las listas de los diputados electos, se encuentran los nombres de infinitos jóvenes de los que figuran al frente de la elegancia cortesana; lo cual ofrece desde luego la ventaja de que esos representantes del país contarán de fiyo con las simpatías... del bello sexo.

Estas tardes las largas alamedas de la Fuente Castellana, los misteriosos laberintos del Retiro, las anchas calles del Prado, se ven favorecidos por una multitud inmensa, que corre á disfrutar de los primeros dias serenos y templados. La gente *comm'il faut* ha tenido ahora el buen gusto de no acordarse de Atocha ni del Botánico, y se reúne cerca de anochecer, abandonando ya la inmediacion del monumento del dos de mayo, en el magnífico salon, y en su favorito *Paris*.—Allí con la franqueza propia y exclusiva del paseo de la tarde, se charla, se rie, se embroma, y se refiere cuanto ha dado de sí la chismografía en las últimas veinticuatro horas.

El lunes á la salida de los toros, se contaba en aquel sitio una broma pesada de que hasido víctima un alto personaje.—Parece que la mañana anterior se hallaba entregado el señor X... á una de sus mas graves y favoritas ocupaciones—la de ver pasar la gente por la calle, desde el elegante mirador de su casa,—cuando se detuvo á la puerta de esta un lujoso carro fúnebre tirado por seis caballos, con negros plumeros. El señor X... supuso naturalmente que habia fallecido alguno en la vecindad, y siguió impassible sus observaciones. Llegaron en seguida cuarenta pobres de San Bernardino; despues una música militar; luego uno tras de otro hasta sesenta coches particulares, todos de gran gala, y de ellos fueron saliendo varios de lo mas íntimos amigos de nuestro hombre. Escitada ya hasta lo sumo su curiosidad, el señor X... tiró de la campanilla de su gabinete, al mismo tiempo que abria la puerta de él su ayuda de cámara pálido y demudado.

—Antonio, le preguntó sin reparar en el estupor del criado, ¿sabes de quién es ese entierro?

—Señor, contestó aquel con voz débil, aseguran que V. E. es el muerto, y vienen á llevarle al Campo santo.

X... no pudo contener una exclamacion de sorpresa y de

asombro: despues anduvo dos ó tres pasos, se restregó las manos, se miró al espejo, y acabó por soltar una ruidosa carcajada.

—Antonio, añadió, tú te has vuelto loco.

—Juro á V. E. que solo digo la verdad.

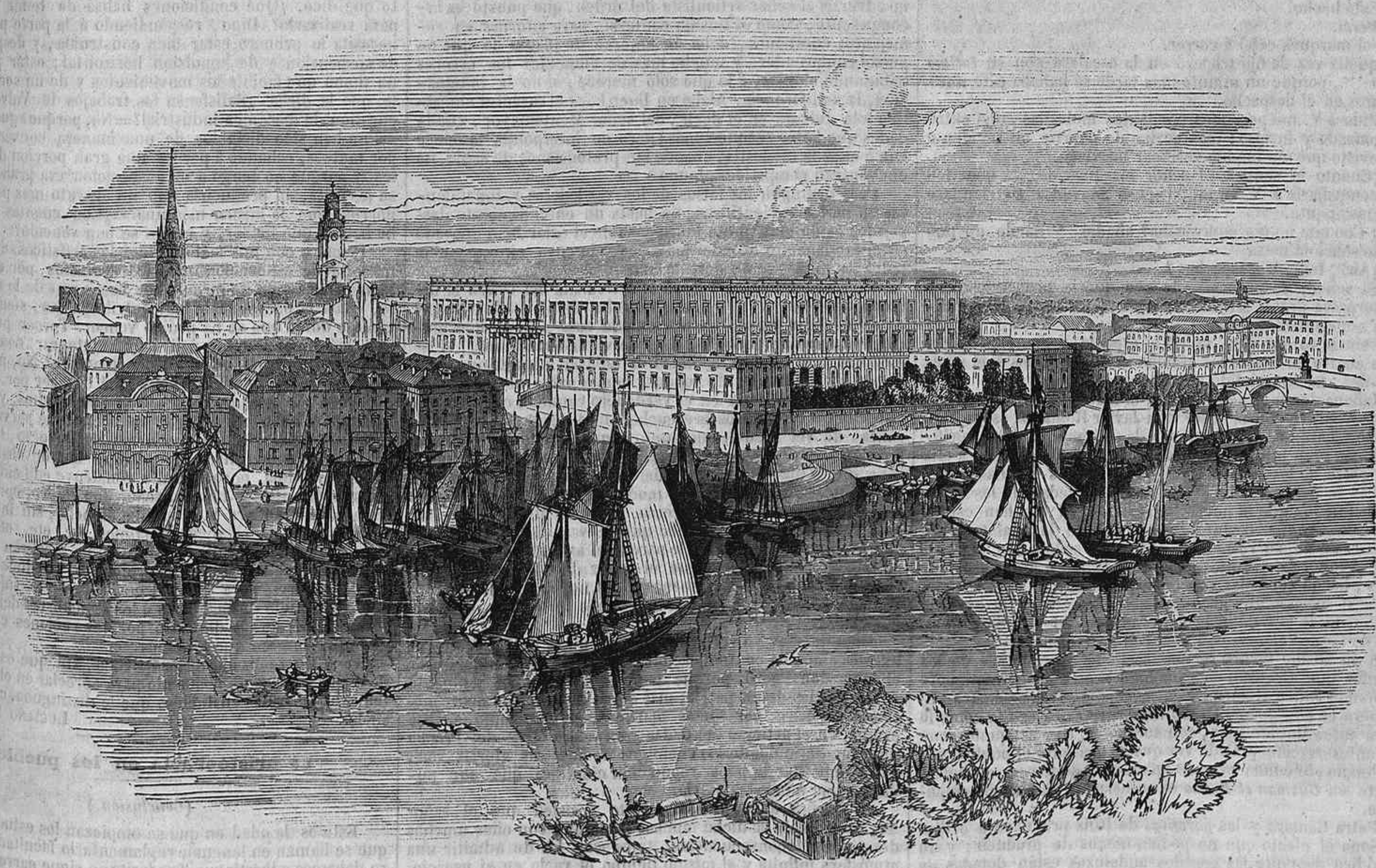
—Espílicate.

—El conductor del carro fúnebre me ha dicho que le han citado á las diez para aquí; los pobres de San Bernardino me han exhibido la papeleta de convocacion; el conde de Z... amigo de V. E., se ha informado con mucho interés de la enfermedad de que V. E. ha fallecido. Por último, mas de veinte lacayos me han presentado papeletas de convite iguales á esta.

Hablando así, el ayuda de cámara puso en manos de su señor una targeta negra litografiada, en la que no se habia olvidado ninguna de las fórmulas de costumbre, ni siquiera la nota consabida de: *se espera que asista usted con carriage*.

Entonces ya no le cupo duda al señor X... de qué era objeto de una burla cruel y digna de castigo: mandó, pues, despedir el carro fúnebre y los pobres de San Bernardino, aunque gratificándolos generosamente; y fué él mismo en persona á tranquilizar á los amigos que habian acudido llenos de pena al recibir una noticia tan triste como inesperada. Para desterrar completamente la desagradable impresion que pudiera haberles causado, improvisó un magnífico almuerzo, en que todos brindaron con Champagne por la buena salud del supuesto difunto.

A estas horas se hacen las mas activas pesquisas para descubrir al autor de tan culpable broma; y todas las sospechas recaen en cierto joven muy elegante, que salió el mismo dia con direccion á Londres. Anádese que el motivo de tan ruin venganza ha sido haberle negado el señor X... la mano de su hija.



Vista de Stokholmo.

No es esta la única anécdota que se ha referido durante la semana: el despacho de la compañía Saavedra y de Riberoles ha sido también teatro de otra bastante significativa.

Estaba su hábil director hace cinco días entregado á sus variadas y graves ocupaciones, cuando anuncióle la visita de un caballero que quería hablarle acerca de las expediciones á París y Londres. Era un personaje anciano, muy conocido en esta corte por su elevada posición social, por su lindísima y joven esposa, y por los terribles é injustos celos con que la atormenta siempre.

—¿Puedo ver la lista de los viajeros? preguntó cortesmente al señor Saavedra después de saludarle.

—No hay la menor dificultad;—repuso aquel poniéndose la en la mano.

Nuestro celoso la ojeó toda, haciendo significativos gestos si tropezaba con el nombre de algún fashionable; y después sin duda de haber echado sus cálculos, se decidió á inscribirse para un día del mes de julio en que no podía contar aun con ningún compañero. Pagó la suma señalada como anticipo por dos personas, y habiendo obtenido algunos otros informes, se retiró.

Cinco minutos habían transcurrido escasamente cuando entraba en el mismo despacho de Saavedra un joven rubio, elegante, y buen mozo, que posee un título aristocrático, y una fortuna considerable.

—¿No acaba de salir de aquí el señor...? dijo dejándose caer sobre una cómoda butaca.

—Sí señor; repuso Saavedra un tanto sorprendido del *sans façon* de aquel individuo.

—¿No ha venido á inscribirse para el viaje á Londres? añadió en seguida.

—Justamente.

—¿Para qué día?

—Para el 12 de julio.

—Yo soy su íntimo amigo, y deseo que hagamos juntos la expedición.

—No hay el menor obstáculo.—Irán ustedes los tres solos, si gustan.

—A las mil maravillas.—Tome V. el dinero.

—Tome usted el recibo.

—Adios.

—Beso á usted la mano.

Y el marqués de... se fué tan ligramente como había entrado.

Al cuarto de hora, Saavedra vió aparecer de nuevo la cara lívida, enjuta, y ceñuda del señor...

—He variado de plan, dijo sin detenerse y como azorado: no partiremos el 12, sino el 20.

—Muy bien; repuso Saavedra con la amabilidad que le distingue, apresurándose á borrar una fecha, y á sustituirla con otra.

—Mil gracias.

—No hay de qué.

—Abur.

—Vaya usted con Dios.

Otros cinco minutos después abríase con violencia la puerta del aposento, y tornaba á entrar el marqués de... canturreando una aria de *La Favorita*.

—Vengo á molestar á usted, amigo mío, exclamó con su ordinario aturdimiento; pero he encontrado á... en la calle, y me ha dicho que un asunto le obliga á retardar su salida. ¿Quiere usted decirme el día que ha elegido, y que no he preguntado, porque quiero que tenga una sorpresa agradable?

—El 20; repuso el director lleno ya de curiosidad.

—Pues el 20 partiré yo también.

—Está hecho.

—Merci.

Y el marqués echó á correr.

Aquella vez de hijo tropezó en la escalera con su íntimo amigo..., porque un minuto más tarde se hallaba este nuevamente en el despacho.

—Pido á V. mil perdones por tantas molestias, dijo entre avergonzado y furioso; mas acaba de ocurrir un incidente imprevisto que me impide verificar mi viaje.

—¿Cuánto lo sentirá el señor marqués de... que debía acompañarle á V. en él!, repuso Saavedra sonriéndose maliciosamente.

—¿Con que no me equivocaba? añadió... dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Ah! ¿tenía V. sospechas?

—Si señor, sospechas... de que quería proporcionarme esa sorpresa grata. Mucho lo siento; pero habré de renunciar á semejante satisfacción.

Y sin aguardar más, volvió la espalda, y comenzó á bajar de cuatro en cuatro los escalones.—Ignoramos si el marqués de... ha suspendido igualmente su viaje.

Mañana domingo se celebrará el matrimonio de la señorita de Aguilera con el señor don Javier Romano; es padrino el señor marqués de Cerralbo, y la ceremonia debe verificarse con gran lujo y solemnidad, estando convidados á ella gran parte de los infinitos amigos de ambas familias.—Estos días se habla mucho en la buena sociedad de los magníficos regalos que la novia ha recibido, y que han estado espuestos, según costumbre, en una de las habitaciones de la casa de su respetable padre, el señor don Domingo de Aguilera.—Cuántos conocen y tratan á los futuros esposos, hacen cordiales votos porque sean tan felices como merecen serlo.—Muy poco después se efectuará la boda de la señorita de la Conquista con el marqués de san Saturnino, y la de Casa—Valencia con el barón de Beyens.

A un mismo tiempo hemos recibido ayer noticia de los triunfos que alcanzan en Valladolid y en París el eminente actor don Julian Romea, y la saladisima Petra Cámara. El primero es obsequiado en la antigua corte de Castilla como lo fuera antes Matilde Díez, con serenatas, con banquetes, con brillantes ovaciones. Cada vez que se presenta al público vallisoletano, le colma este de aplausos y de flores; especialmente en *Guzmán el Bueno* el entusiasmo ha sido incomparable.

Petra Cámara y las *parejitas* de Ruiz producen á orillas del Sena el efecto que no podían menos de producir; y un periódico dice que las gentiles andaluzas están dotadas *du plus irritant menheo*. Pero esta frase,—que puede arder en un

candil,—no es sin embargo la que más prueba lo bien que nuestros vecinos conocen la lengua de Cervantes y de Herrera: en el programa de la primera función de los bailarines españoles en el teatro del *Gimnasio dramático*, se lee que aquellos ejecutarían el *Pot del Contrabandero*, y el *Osé gati-datuna*.—¿Quién creará que esto significa *El Polo del Contrabandista* y *El Ole Gaditano*?—¡Cosas tenedes, franceses, que farán hablar las piedras!

RAMON DE NAVARRETE.

QUESTION DEL DIA.

Airestacion.

Jurado había, tiempo hace, no tomar la pluma para atacar de nuevo al decantado proyecto del señor Montemayor, á pesar de la favorable conclusión que para mí tuvo nuestra polémica, cuando por primera vez manifesté mi opinión sobre este particular. Yo hubiera cumplido mi determinación, si el señor don Pedro, estimulado, tal vez, por el juicio poco lisonjero, que el entendido joven, catedrático del Ateneo, don Fernando Frágoso y Lugo, hizo de su aparato en sus últimas lecciones, no hubiera salido á defender personalmente, por medios tan estraños, las tres cuestiones principales de que consta el referido proyecto.

No es aun tiempo de formar juicio alguno sobre esta defensa, porque el giro que el señor Montemayor ha dado á la primera de estas cuestiones, es muy ageno de ella. Esta circunstancia, parece debiera imponer silencio, y hacer esperar con resignación el resultado de las demostraciones; pero ¿quién puede contenerse al ver sustituidas la claridad y precisión que estas demostraciones exigen, por una serie interminable de digresiones inconexas, en las cuales abundan los sofismas, los falsos principios y las contradicciones? ¿Cómo tolerar el que además de la dislocación que verifican ideas tan erróneas en la inteligencia de los que no pueden juzgar científicamente por falta de principios, se hallan estos errores por los órganos de la verdad, en que se hallan constituidos los papeles públicos, á los cuales se confía la instrucción é ilustración de los hombres? Felizmente la mayoría de la prensa no ha cometido este desacierto, resaltando por lo tanto más y más la ignorancia de algunos articulistas, que tomando en mal hora la pluma, trazan el diseño de su pobre razón con aquella arrogancia que inspira la falta de conocimientos.

No son seguramente los falsos razonamientos de don Pedro Montemayor, el móvil principal que me incita: los hombres entendidos le escuchan, y ninguno desmiente en su juicio, la opinión que públicamente he emitido varias veces sobre lo poco que debía esperarse de un proyecto tan desacertado; mas al leer *en el Orden*, (periódico de esta capital), un largo artículo consagrado á encomiar la suficiencia del señor Montemayor, para resolver el problema que se ha propuesto, al ver que se toman allí por pruebas claras y sencillas, (como si dijéramos, por demostraciones concluyentes), lo que para el hombre científico no son otra cosa que falsas suposiciones, que se encuentran en abierta contradicción con los hechos de la naturaleza, al considerar que también se apoya con energía la mala inteligencia con que el señor Montemayor ha presentado la teoría del gran Newton, admitida por los más sabios observadores, y atendiendo á lo nocivas que son las aprobaciones de este género, para los que poco iniciados en las ciencias toman por modelo para formar sus juicios, á las columnas periodísticas, juzgo oportuno advertir al señor articulista del *orden*, que puesto es incompetente, como él mismo confiesa, para alternar en semejantes cuestiones, debe abstenerse de juzgar lo que no puede comprender, y mucho más de alimentar los errores tributando elogios, á lo que solo merece, si no la indignación, la indiferencia. Alabe en buen hora el carácter simpático y la dulzura en el decir, del señor Montemayor, cualidades que todos reconocemos; pero no interponga tampoco entre ellas la modestia, cuando sus pretensiones de sabio, no encuentran competidor alguno.

Para distinguir los falsos de los verdaderos razonamientos en materias científicas, no basta un entendimiento despejado; es de todo punto indispensable el estar bien apoyado en el fundamento de estas materias, sin cuya circunstancia todos los juicios serán desacertados.

Para acreditar esta verdad al articulista del *Orden* le digo en oposición á la opinión que ha manifestado; que el señor Montemayor no ha presentado cosa alguna que merezca la atención de los hombres de verdadera ciencia, si se exceptua la prodigiosa facilidad de enlazar inconexiones, sofismas y ridiculeces; de suponer lo que nadie ha imaginado y de eludir la entrada en el verdadero camino, causando la impaciencia de cuantos le escuchaban, y agotando las esperanzas de ver resuelto un punto siquiera, de los tres que formaron el objeto de la curiosidad pública. Le digo también, que si algo quiere aprender para ser juez competente en lo sucesivo, no tome por modelo el señor Montemayor, por más esperto que le parezca, por más que le oiga citar autores, y por más intrincado que le vea en la metafísica, que es donde más sublime le parece el articulista del *Orden*; porque si bien es cierto que el señor don Pedro ha leído muchos libros, no lo es menos, que no ha estudiado cosa alguna, y semejante modelo solo puede serlo para construir devanaderas.

Bien quisiera yo ver, como el articulista del *Orden*, ese nuevo campo de contemplación que anuncia, descubierto por el señor don Pedro, porque también soy español y amante de las glorias de mi patria; mas como desgraciadamente miramos las cosas por líneas opuestas, yo contemplo en ese campo, en el artículo del *Orden* y en varios otros del *Prisma* un cementerio donde los enemigos de nuestras glorias vengan á depositar la poca reputación científica que aun pudiera caber á nuestra patria.

Si, señor articulista, sí; repito á usted que el señor don Pedro solo ha dicho muchas palabras y con ellas muchos desatinos é inconsecuencias, tales son, las de admitir una atmósfera infinita y al mismo tiempo el vacío en el espacio, negar una comunicación material entre el sol y los planetas

para la trasmisión de las fuerzas, que obran en el sistema, y admitirla al mismo tiempo para sentar su teoría; suponer como Newton consideró la virtud de la atracción universal, como existiendo exclusivamente en un punto infinitamente pequeño y colocado en el centro del sol, sin advertir, que te desatino, y si el que las atracciones existían en todos los átomos de la materia, y por consecuencia en todas las masas constituidas por estos átomos, y en fin, señor articulista, ¿usted tanto admira en el señor don Pedro, y con los cuales dados en la manifestación de su proyecto, viéndose defraudados sus numerosas é insulsas negativas, pues todos se reducen á cambiar el nombre á las cosas y á dejar las cosas conforme están. No puede, por ejemplo, soportar el que se llame fuerza de gravedad á la causa que obliga la caída de los cuerpos hacia el centro de la tierra y que hace girar á los planetas á distancias determinadas del sol, y aunque esto (asi como lo-bilidad, de salir ó no, adelante con su eolo, le saca de sus casillas, y le obliga á sustituir el nombre de esta causa por otro nombre, porque alguno ha de tener para entendernos, siendo de todo punto insignificante el que se llama *rosca* ó *rosquilla*, para producir los efectos, puesto que su verdadera esencia nos ha de ser eternamente desconocida, y no advierte que por más ingenioso que sea este nombre y todas las hipótesis que se puedan formar, los fenómenos serán los mismos, y su eolo será un mamómetro muy pegado á la tierra, y que solo á expensas de unas cuantas arrobas de pólvora, podrá volar en todas direcciones, si bien reducido á fragmentos. No bastaría un libro en folio si hubiéramos de apuntar las muchas manías del señor don Pedro, pero la más admirable es la de juzgar pastores á todos sus oyentes, como lo prueban las prolifas explicaciones en que se afana para enseñar lo que sabe cualquiera ayudante de laboratorio, por más que se le figure al señor articulista del *Orden*, que dice muchas cosas nuevas. ¿Quién no se rie al ver con el calor que defiende, (cuando trueca el reposo con el equilibrio), el que todo cuanto reposa sobre la tierra y sobre los demás planetas, está en continuo movimiento, como si algún físico admitiera la existencia del reposo absoluto? ¿Y qué diremos cuando para explicarnos (sin saber por qué), lo que se entiende por espacio infinito, y la gran magnitud que este abraza, dijo: que por muchas cosas que quisiéramos colocar en él, siempre hallaríamos sitio donde ponerlas, y que, aun cuando descubriéramos muchas mas estrellas nebulosas, de las que en la actualidad percibimos, hallaríamos también donde colocarlas? ¿Me quiere usted decir si ya no lo estaban, en el mero hecho de descubrir las? ¡Válgame Dios, señor don Pedro, cuánto hablar y qué poco decir! ¿No hubiera sido más conveniente, concretándose á las cuestiones que usted mismo se propuso, el haberse expresado de esta suerte?

Señores, respondiendo al primer punto de mi cuestión que dice: ¿Si será posible mantener sumergido en la atmósfera un cuerpo pesado, y dirigirle por ella en todas las alturas y á cualquier punto del horizonte? Digo que sí, en parte, porque tenemos una atmósfera condensable que puede ofrecernos un punto de apoyo, y cuerpos flotantes en esta atmósfera, que por su menor gravedad específica, pueden arrastrar consigo á otros cuerpos sea cualquiera su naturaleza: y digo que no, con respecto á poderlo verificar á todas las alturas, porque ni ofrecerá la atmósfera bastante apoyo, ni habrá cuerpo flotante que no establezca el equilibrio, á una elevación determinada habiendo de encerrarle precisamente en un espacio limitado. Con respecto al segundo punto que dice: ¿Qué condiciones habrá de tener la máquina para realizarlo? Digo, respondiendo á la parte posible, que necesita lo primero estar bien construida, y después fuerza de suspensión y de impulsión horizontal; estar provista de un timon que facilite los movimientos y de un ser inteligente que la dirija. ¿Satisface los trabajos de Valverde á esta cuestión de mecánica industrial?—No, porque aquellos trabajos no han sido dirigidos de una manera conveniente, y si por tanteos, echando á perder una gran porción de materiales, y porque no tengo á mi disposición esa gran fuerza que se necesita, sin producirla con un aparato más pesado y engorroso que la misma máquina.—¿Con cuantas dificultades ha habido que luchar, y cuáles se han vencido?

Primero con mis malos principios artísticos, etc. etc. con mi falta de explicación para los operarios, por esta maldita manía que tengo de hablar diez veces más de lo que necesito, y con la paciencia de los contribuyentes, siendo esto último lo único que se ha podido vencer. Tercer punto: ¿Será esta máquina bastante útil para reintegrar con interés los capitales consumidos en su construcción? No, porque concluida que sea, habrá que volverla á desacer por inútil y repartirla á los soldados para guisar los ranchos, y aunque yo me esmero en hacer creer á los bobos que servirá de base para que otros puedan consumir el proyecto, los hombres que lo entienden dicen que este es mayor absurdo que la misma máquina, porque nadie construye edificios sobre ci-mientos de papel. Y hé aquí señor don Pedro, como con cuatro palabras hubiera V. salido del empeño, sin intrincarse en explicaciones de estático, dinámica etc. etc. etc. que están demás para quien las entiende, y sobran para el que las desconoce. Pero V. se ha propuesto, sin duda, que aprieten los calores, para tener el gusto de verse solo en el Ateneo esplanando su metafísica á los articulistas del *Orden* y del *Prisma*, para que la difundan por las naciones cultas y juzguen del hombre que tenemos.

Creo ver realizado mi pronóstico, sin que esto me sirva de placer, ni sea un obstáculo para apreciar en el señor Montemayor las bellas cualidades que le distinguen, como hombre social.

LUCIANO MARTINEZ.

La aristocracia en los pueblos.

(Conclusion.)

Esta es la edad en que se empiezan los estudios formales que se llaman en lenguaje reglamentario facultad mayor. Primero debemos advertir que Teodorito no sigue carrera.—Segundo, porque no lo necesita *por ser quien es*.—Segundo, por-

que hay tanta canalla en las universidades, que pudiera perderse el chico.—Tercero, porque sabe bastante; porque no tiene afición a las letras, pues parecemos predispuesto á ser militar. Cuarto (y el cuarto nos pertenece) porque Teodorito es tonto.

Ahora bien, ó se le toma al chico una charretera ó sigue en el pueblo, *sicut erat in principio* salvo el aumento corporal. Lo que es carrera de ningún modo. A menos tendría yo dice lo que es confundido con la *gentuza* y pobreza que hoy invade las universidades.

Crece pues, Teodorito, y no sabiendo en qué ocupar mejor su tiempo, lo reparte entre la caza, las muchachas, y el juego; ocupaciones en que no puede desarrollar completamente su voluntad hasta que no está en posesión del mayorazgo.

Teodorito hará un viaje á la ciudad, y si se quiere á la Corte. Lleva su corazón lleno de vagos deseos. Con dinero los bolsillos; pero sobre todo con la cabeza llena de consejos escogidos, de los que prodigan las mamás en casos tales.

El papá le recalca los siguientes. Cuidado con quien te reñes.—Que sea mas ó igual á tí, pero menos, nunca.—Procura al efecto que no bajen de parientes de marqueses, condes, etc. las personas con quienes trates.—Y si puede ser que tengan todos título mucho mejor.—Con los demás no te reñes; pero en fin, si son hijos de algún ministro, ó cosa tal, aunque no tengan otros títulos de nobleza, puedes reunirte á ellos.—Cuando pase la reina ó las infantas, párate y quita el sombrero, procurando siempre ponerte á donde te vean.—

Quiénes sabe... En fin no manches la sangre.

Bien merecía el asunto que dijésemos cuatro palabras acerca de la entrada y estancia de Teodorito en la Corte, y hasta pudiera ponerse sobre el particular capítulo aparte. Pero algo hemos de sacrificar á la brevedad, y á la consideración poderosísima para escritores noveles, con la paciencia de sus lectores. Basta á nuestro propósito indicar que Teodorito en la corte desenvolvió de lleno, puesto que era el campo mas ancho, su actividad ejerciendo sus gustos á discreción.

Devoró algunos miles en poco tiempo, y en su consecuencia el padre que no era lerdo resolvió hacerlo volver al pueblo, cerrando al efecto la letra abierta, que equivale á parar un molino cerrando las compuertas que le surten de agua.

Vuelve Teodoro á su lugar, habiendo adquirido en la corte un número mayor de necesidades, que por lo demás si no temiéramos ofenderle aplicaríamosle aquel latinajo de *animalia ibant, et animalia revertebantur, et quotidie majora* que está nada menos que en la sagrada escritura.

Dejemos pues, á Teodorito seguir como antes, á diferencia de su desarrollo físico, y vamos andando con él:..

CAPITULO VI.

Hasta aquí hemos considerado á nuestros personajes, cada uno de por sí, pero como hay escenas en que figuran todos juntos, llevaremos al lector á presenciar una de las mas notables, en que intervienen todas las personas de la casa, con mas, parientes, amigos de los *suyos* etc., etc.

Tiene lugar esta escena, ó consejo de familia cuando se trata de casar un hijo ó hija.

Preside la sesión D. Abundo, y tiene la palabra en primer lugar mi señora doña Ifigenia.

Atencion.—Se suprime la invocacion personal, porque en familia no se dice, señores, ni amados oyentes, ni lo demás.—Os hemos mandado venir para saber vuestro dictamen acerca del enlace con nuestra hija solicitado por D. F.

Empieza la discusion, y es de ver que en la cuestion presente todos hablan menos la persona á quien mas le importa, esto es la novia. Porque no es justo que por caprichos pueriles, vayamos á entroncar con gente que tenga menos timbres.

Después de un acalorado debate, si la nobleza del pretendiente no es de las primeras decidese la cuestion, admitiendo su demanda en gracia de no ser feo, ni chico, ni cojo, y sobre todo por esa poderosa magia del metal, que en sentir de algunos hace imposibles, allana montañas, y encumbra llanuras.

Admítase el *nefto*; pero no será sin recibirle en el seno de la familia con cierta reserva en el trato, cierto aire de proteccion en los semblantes, que parece le estan diciendo; *no le hacemos poco favor*. Por esto las primeras conversaciones suelen girar *muy advertidamente* sobre el origen y ascendencia de la familia; y la primer carta de dote, y muchas veces la única que se le presenta al novio es el escudo y el árbol genealógico.—¡Oh lector! al llegar aquí no puedo menos de darte un consejo.

Si tienes 22 años, y como es natural piensas en casarte, ademas de los grandes cuidados con que te debes preparar á este trance fatal, no eches en olvido el siguiente. Si no eres aristócrata, y no quieres que con tu entrada en la nueva grey se relajen los vínculos de familia, no te enamores por Dios de una de *raza*. Y mira que esto lo dijo quien lo sabia, y es tanta verdad como él, *Magister dixit*, de aquellos antiguos filósofos.

—¿Pero y si estoy enamorado, me dirás, y la novia me corresponde?

—Entonces, hijo, lo mejor que puedes hacer es casarte, y mandar á: donde yo me se, á los tíos, primos, parientes, es decir á toda la *casta* de la novia. Este consejo te le doy por cuenta propia, que no faltan ejemplares.

Ahora cuenta con la *huéspedea*, es decir con la suegra, que si á ser suegra, reune lo de *pura sangre*: En fin Dios te ayude.

EL ARISTÓCRATA SOLTERON.

De propósito hemos dicho solteron porque esta palabra expresa mas las circunstancias del héroe que nos proponemos enseñar, al que esto leyere. *Solteron*, no solo indica vulgarmente hablando un hombre no casado, sino que ademas un hombre ya maduro por cuanto se supone que la juventud con todas las ilusiones que la acompañan le abandonó hace tiempo. Tendrá de 35 á 40 años ó mas.

Es lo único notable en nuestro hombre, que en tal edad se encuentre solteron. No consiste sin embargo en que repugnanse el matrimonio. Nada de eso. En mejores tiempos rodaron por su cabeza mil ilusiones conyugales. ¿Y quién á cierta edad, no las tiene? No eran á pesar de todo las del aris-

tócrata como las de los demás hombres en general, y he aquí la razon, porque mientras él está soltero, se hallan casados los otros. Consiste la diferencia de esto en que los que no tienen las pretensiones del aristócrata, miran el matrimonio como la consagracion del amor; de ese amor juvenil despojado de los calculados pensamientos que animan á hombres de cierta edad á realizarle, sin las ilusiones que le embellecen. El joven aristócrata, impregnado desde su infancia en ideas elevadas, en humosos pensamientos, solo respira orgullo, y es la cualidad que en él prevalece, acostumbrado como está á creerse superior á la generalidad de los hombres, gracias á la esmerada y *especial* educacion que recibió.

Por esta razon, cuando pensó en mugeres, cuando le ocurrió la primer idea matrimonial, teniendo en la mente su ideal, no encontraron ya lugar esas inspiraciones de amor puro en su cabeza, y no podía ser de otro modo siendo la de condesa ó cosa por el estilo la primer cualidad que debiera tener la muger *digna* de sus aspiraciones.

Sucedió, pues, que al ir á poner en práctica su proyecto, fracasó, por la sencilla razon de que la condesita, marquesita ó tal... obediente en primer lugar á los mandatos de sus papás, tenia comprometida su blanca mano, con un caballero rico. Bien noble ó sin serlo en grado superlativo, con un abono de 50 talegas en favor de su conducta futura, y 50 años de edad lo menos, como garantía de felicidad para la esposa y venideros.

Así se le pasaron el quinto y sexto lustros de su vida, presentando pleito á muchos de *calidad* y siéndole por todas escepcionada su demanda por falta de *personalidad*.

En tal estado decidióse por la vida de soltero, puesto que según él dice, no se encuentra una muger con bastantes títulos á sus pretensiones. En el pueblo solo hay parientas (porque es de notar que en los pueblos todas las personas de cierta posicion se hacen parientes *in proutu*). Entre parientes el matrimonio no ilusiona, no se desarrolla ese lazo nupcial con todos los atractivos que debiera, y que siendo el primero y el único proporcionado. Y no sucedió así porque le precedió el de pariente, etc., etc.

Ademas, y es lo principal; teniendo mi caballo, mis perros, mi escopeta y un ama rolliza (sin ser cura) ¿quién me manda perder esta santa libertad que me permite abandonar á mi albedrío, escudado con mi mayorazgo?—Lo cierto es, que se abandona á este partido, primero por los rechazos de que queda hecho mérito, y primero tambien porque las vecinas y parientas, no tienen de dote mas que sus prendas personales, y la nobleza de su sangre. Si hubieran sido ricas, entonces cambiando rumbo, no le habria faltado al solteron para casarse con una parienta, y salvar este respeto, la consideracion de que deben estrechase los lazos de la familia, y sobre todo, de ciertas familias, para que de este modo se perpetuen y subsistan en toda su *pureza*. Sin mezcla de *razas* quiere decir. Dejemos, pues, al aristócrata solteron entregado á la vida *animal*, puede decirse, y hagamos una visita tan corta como las de etiqueta, y solo por el tiempo necesario para conocer á

DOÑA ROSAURA, SOLTERA CON 40 NAVIDADES.

Héla allí, ante el espejo mirándose una y otra vez, pero sin sonreirse nunca, lo cual no está bien á su juicio (y que es maduro) en *señoritas de fundamento*.

Está al espejo y le visita tan á menudo, porque aun no ha perdido las esperanzas de su juventud. ¿Y qué muger soltera las pierde? Doña Rosaaura tendrá la amabilidad, porque aun se esmera en complacer, de referirnos con su historia amorosa, la causa de hallarse todavía en el *estado honesto*.

Atencion.—¿Todavía soltera, dice usted?—¿Pues qué tan vieja soy?—¿Le parece á usted vieja una muger que apenas ha pasado el primer tercio de su vida?—Pues yo no tengo mas que 29 años.—Y francamente: si un hombre me pidiera consejo (se le hubo de escapar *la mano*) para casarse, le diria muy convencida que no lo hiciese con muger que no pasará de 28 siquiera.—Y no algunos *nevios* (alguno de estos fué el idolo de doña Rosaaura precisamente, y por eso vá el apelativo) y muy simples, que se casan con *mocosuelas* de 18, 20, etc.—Vamos, es no tener *chaveta*.

¿Qué juicio, qué formalidad, qué arreglo puede esperarse de una muger que apenas está desarrollada? Si fuera hombre (y dale con los limbres) de seguro me casaria con una muger de *peso* (doña Rosaaura es gorda) de carácter, y no... pero mas vale decirlo.—Y no crean ustedes que hablo así despechada, por no haber tenido *proporciones á escoger* á esa edad.—Bien por el contrario, á los 15 años, (pásmense ustedes!) vinieron á pedirme para un hijo de un marqués, riquísimo; ademas de... no me acuerdo bien de dónde, pero esto no importa; lo que hace al caso es que yo *no quise acceder* á pesar de los consejos de la familia.—Esto para que ustedes vean que siempre tuve las mismas ideas, y que hablo con imparcialidad.—Durante la guerra civil se alojaban en casa muchísimos oficiales, pues lo menos una docena de *capitan arriba*, me pretendieron y no quise, vamos, no quise. Esto sin contar con otras mil proporciones que he despreciado.—Son tantas que no me acuerdo. Ahora, me casaré ó no me casaré: según. Si encuentro un hombre que me guste puede que me anime, si no, bien estoy así.—Si esta oracion se vuelve al revés como una calceta, cambiando palabras, personas y sentido, puedes creerla, lector, y perdona que corte la palabra á doña Rosaaura para que continúe.

¿A mí qué me falta?—Soy de buena familia, pregúntese á cualquiera por mis mayores. Tengo un pasar decente, mi figura... no es por alabarme, pero me parece que mejor que muchas que esas que tienen fama de hermosas, ó tan buena por lo menos ya soy. Y no es por alabarme. Ya digo, como no sea con entera *voluntad propia* no me caso.

¿Qué te parece lector?—Tiene razon doña Rosaaura. No se casará, no. Y no es *voluntad propia* lo que falta, que esto bien se yo (acá para entre los dos solos, no sea que trascienda y lo llegue á oler ella) bien sé yo, que voluntad propia sobre la *agena*, la agena es lo que se necesitaba para sacarla de ese lastimoso estado en que la ves.—Lastimoso he dicho, y bien comprenderás que nada sobraría aunque digera desesperado. Porque desesperada vive esta señora al ver que los años pasan, que las arrugas vienen, y que los hombres

ni van ni vienen. Condenada á agitarse con esta seductora idea de matrimoniar que tanto la inquieta. Es el punto céntrico á cuyo rededor gira sin cesar su pensamiento. Por eso tiene mal humor y es indigesta para con todos; pero los enemigos á quienes dirige sus tiros mas certeros siempre que puede, son despues de las niñas de 20 *circum circa*, los hombres sus contemporáneos.—Las primeras son unas trastillas, en fin, ya sabemos quienes son por su boca. Los segundos tienen mala facha, muger fea, hijos feísimos, mal criados, etc., etc. Así venga doña Rosaaura los desaires que recibió en mejores tiempos de unos, y el olvido en que hoy está, por otras, por otros, y (en secreto tambien) por ella.

Doña Rosaaura asistirá á todos los paseos, á todas las funciones de iglesia, á todos los bailes, á todas las romerías, ferias y mercados; á todas partes, en una palabra, donde pueda dejarse ver de algún número de personas. Es decir, que doña Rosaaura se ofrece al público donde le haya. Estará siempre compuesta, lo mismo por la mañana que al medio día, que por la noche. Lo mismo en casa que en la calle. Es una medida de precaucion por si acaso... ¿Quién sabe?... lo que no sucede en un año, sucede en un minuto, y muchas veces un minuto basta para *salvarse*... Y salvarse para doña Rosaaura, ya sabemos lo que significa. En lo de estar tan prevenida no se parece á aquellas vírgenes *durmientes* que dejaron apagar sus lámparas según nos dice el Evangelio. Observa rigurosamente por el contrario, aquella sentencia de Jesucristo... *et vos estote parati, quia qua hora non putetis, alius hominis veniet*. Esta sentencia aplica doña Rosaaura á sus prevenciones que en castellano y para entre nosotros quiere decir: *listo siempre, que cuando menos se piense, salta la liebre*.

Doña Rosaaura, ya lo hemos dicho, será muy amable, ó se esforzará por serlo; será muy susceptible: cualquier cosa la afecta: será apasionadísima por la música: muy cariñosa hasta para con los animales. Tendrá un perrito, un *queridísimo* perrito blanco, que se llama *Tirol*. Y si no tiene perrito porque no ha invadido generalmente en los pueblos la moda perruna, tendrá un gatazo muy gordo, y aunque sea negro, será el pícaro, *Turco*. Ultimamente, lectores, doña Rosaaura está á *vuestra disposicion* si sois hombres solteros, y con dos varas de faldones, aunque mas no sea.

PÁRRAFO ÚLTIMO.

EL AUTOR ECHA ALGUNOS REMIENDOS.

Aquí debiera haber concluido, mi amado lector, este mal *pergeñado* (¿no te gusta el terminillo?) mal pergeñado escrito; pero prescindiendo de los muchos lunares que tenga, sin ser hermoso, achacariase á parcialidad mi silencio, sobre algunas salviedades, de que es preciso hacer mencion en honor de la verdad...

He procurado bosquejar el carácter por las costumbres, y las costumbres por el carácter, de la aristocracia en los pueblos, y como la materia no es poco delicada, nada tiene de particular que haya recargado en partes el colorido, y que sea muy débil en otras. Achaque es de hombres el errar, aun sin ser veterinarios. Hago por lo tanto y para en caso necesario mi confesion por artículos.—1.º Confieso: que si á cualquier lector le parece defectuoso lo escrito, por menudo ó en conjunto, estará mal sin duda por mayor ó por menor.—2.º Confieso asimismo que si cualquiera lector ó lectora, cree ser aludido ó aludida en alguno de los retratos de mis personajes, que no lo fué seguramente, y que en todo caso me acordé de ella ó él, cuando decia muy buenas cosas.—3.º y último, confieso que hay aristócratas en los pueblos, que bien por el contrario de los que he bosquejado, son muy ilustrados, muy finos, muy amables, muy modestos, y pertenecen á esta clase todos los que leyeren lo que llevo dicho.

Nota. Se dijo al principio que don Abundo mi honorable amigo, habla poco generalmente, como no fuese de una cosa que luego se diria. No me pareció bien decirlo entonces, y no teago ganas de decirlo ahora, por lo tanto el lector que desee saber cual sea el objeto predilecto de la conversacion de don Abundo puede pasar á hacerle una visita y enterarse por sí mismo. En el repertorio que acaba de publicar Mellado se encuentra su lugar y demas señas.

P. D. Acaban de decirme que ha muerto don Abundo, por lo cual es escusado buscarle porque es natural que ya no quiera hablar. Seale la tierra ligera.

Id. Tambien me dicen que doña Rosaaura encontró aquello, que se casa. Buen provecho, etc. etc.

Sin mas por hoy se despide de ustedes afectísimo atento, S. S. Q. B. S. M.

FIDEL GARCIA LOMAS.

ZAHRA.

LEYENDA ÁRABE.

VI.

(Conclusion.)

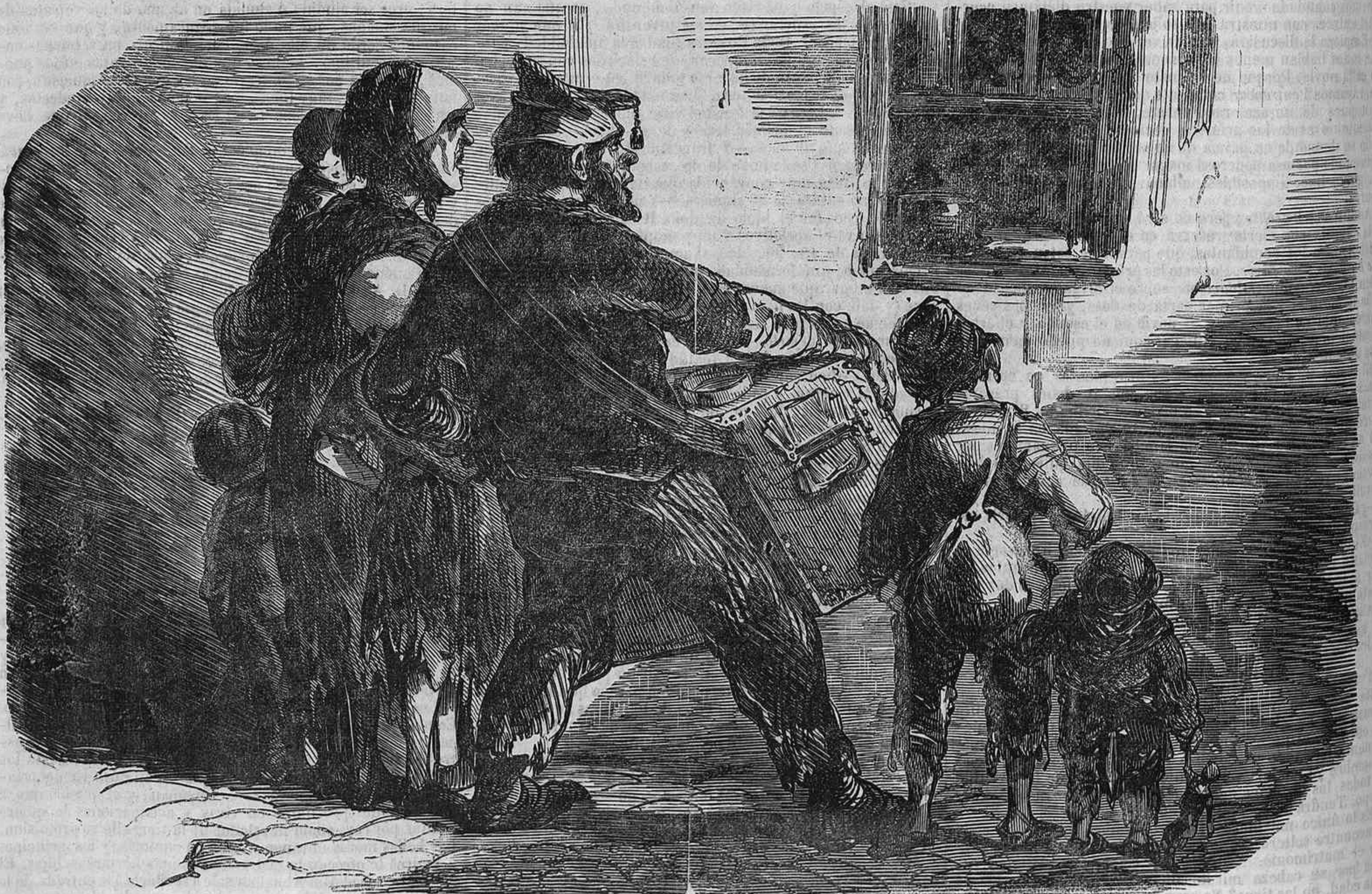
El principe Abul-ben-Said-ben-Allah ha partido á la guerra aconsejado de su desesperacion; pero Allah en sus altos designios no ha querido borrarle del libro de los vivientes, y de regreso de la expedicion en que su valor y arrojo le han salvado de los peligros que el mismo buscará y dádole la victoria, es recibido con gritos y transportes de júbilo y entusiasmo. Conducido sobre un magnifico caballo árabe que la munificencia del soberano le concede y bajo arcos de triunfo construidos en todas las calles de su tránsito, llega hasta los alcázares del monarca. El iman y un gran número de príncipes, walis y caballeros le acompañan, y el pueblo que á cada instante prorrumpe en vivas y aclamaciones le quiere exaltar por rey, como libertador de la tierra de su promision. Las bellas moras entonan cantos de victoria y los príncipes y emires le ofrecen la mano de sus mas hermosas hijas. El rey Mohammed Abu Abdallah sale á recibirle á la entrada de la Alhambra precedido de una lucida guardia de eunucos y

ESCENAS DE TEATROS.



Escena del cuarto acto de la ópera *El Profeta*.—Coronación de Juan de Leyda en la catedral de Munster.

MUSICA GRATIS.

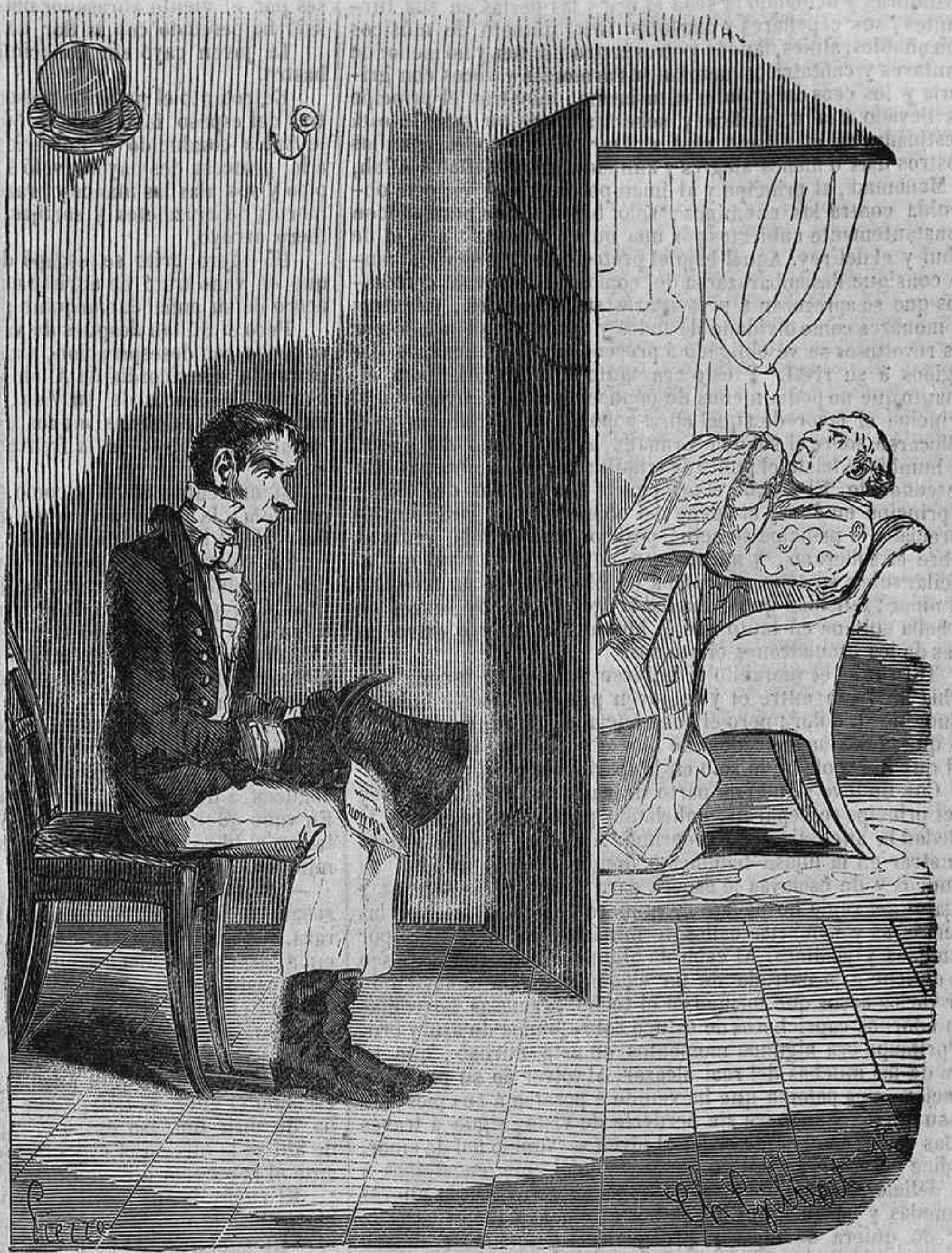


Cincuenta organillos en circulación diaria.

DOS SITUACIONES DE UNA MISMA VIDA.



Haciendo antesala.



Se obliga á hacer antesala.

UNA INCONVENIENCIA SOCIAL.



Equivocacion de un quinto, que toma á un lacayo por un capitan general.

negros con espadas y lanzas, y rodeado de sus wazíres, kaidies, su hagib (1) y faquies, todos engalanados con riquísimas vestiduras y brillando la seda el oro y las perlas en sus turbantes, sus capellares y marlotas. Gran número de músicos con añafles, alíes, laudes y otros instrumentos, y no menor de cantares y cantatrices mezclan sus armonías y voces con gritos y los ecos del popular entusiasmo, mientras el príncipe es llevado á la magnífica y soberbia mansion que le está destinada en el mismo real alcázar. Entre todos aquellos rostros mas ó menos alegres y animados que felicitan á Allah, á Manomad, al príncipe y al iman por la fausta victoria obtenida contra los enemigos, solo hay dos que permanecen constantemente cubiertos por una nube de pesar: son el de Abul y el del rey. Aquel bajo el pretexto de necesitar descanso consigue desembarazarse del copioso número de cortesanos que se apresuran á presentarle sus respetos, mientras el monarca como olvidado de todos y aun casi amenazado por los revoltosos se vé obligado á presenciar los homenajes dirigidos á su rival. Y esto era tanto mas terrible para él, cuanto que no podia menos de conocer que si aprovechaba el príncipe el favor de aquel aura popular, le derribaría pa a colocarse sobre el sôllo de Granada aquel mismo dia que él se humillaba hasta el punto de tributar régios homenajes á un desconocido. El veía en el príncipe á un sucesor del trono: el príncipe en el rey al dueño del objeto de su adoracion. No apreciaba el príncipe su actual posicion que le daba ventajas sobre el soberano, y miraba con envidia á su rival que al vacilar sobre su sôllo disfrutaba no obstante de la felicidad de amor; felicidad que debía haber gozado en los brazos de la bella sultana en tanto que él buscaba la muerte entre las filas de los escuadrones cristianos.

Tal vez si el morabito le hubiese referido la escena que habia mediado entre él y la joven princesa, se le hubiera minorado su dolor; pero el buen anciano aguarda una ocasion en que la misma inocencia de ella la justifique ante los ojos del que habia ofendido solo en la apariencia quizás.

Con un leve saludo de parte de cada uno de ellos, el rey y el príncipe se separan, anhelando poder desahogar en la soledad la angustia que los oprime. Abul ben Said no quiere penetrar en la lujosa habitacion donde crecido número de eunucos y de esclavas le espera para brindarle las delicias y regalos del regio hospedaje, y prefiere vagar solitario por las silenciosas y sombrías calles terminadas por murallas, por alamedas y jardines. Al cabo de algunos instantes de paseo se detiene á la entrada de un elegante templete sostenido por varios arcos que forman en el techo graciosas bovedillas con adornos caprichosos de estuco sobre fondos de azul y oro. El príncipe ora algunos momentos en este mirhab, que es una de las muchas del real alcázar. Al volver de su profunda oracion, una paloma que ha venido á posarse á sus pies, alza su vuelo, y siempre sin perderle de vista, sigue á través de las varias sendas que cruzan el jôven.—Nuncio fiel de amor, la dice este; iré en pos de tus alas y ¡ojolá me encamines á las deliciosas mansiones del paraíso!—Y atravesando nuevas alamedas y bosquecillos llegan hasta una esplanada cercada por do quiera de tajos y precipicios, y tortuosas sendas abiertas en la ladera de los peñascos, los cuales estan coronados por torres y jardines y desde donde se derrumban espumosas cascadas hasta el pié de los arbustos que brotan en la falda.

Abul-ben-Said cree hallarse bajo la influencia de un celeste encanto y recordando las tradiciones orientales que escuchó en su infancia piensa que en aquella paloma se oculta el genio cuyo mágico poder le transporte al paraíso donde debe encontrar su ventura. Piensa hallarse otra vez embargado de un apacible ensueño, y recuerda haber visitado aquellos frondosos parajes que se continúan sin fin. Súbito la paloma se posa sobre las orillas de un cristalino arroyuelo donde se solaza y bebe de sus aguas un instante, y volviendo á levantar el vuelo, desaparece bajo una espesa bóveda de verdor cuya entrada está casi cubierta por un pabellon de jazmines y rosales de Stambul. El jôven se introduce tambien en ella y la reconoce perfectamente: es la bóveda de los laureles, paraje por donde al cruzar en otra ocasion se encontrara en los brazos de la bella Zahra.

Zahra, sumamente inquieta y temerosa por la muerte del jôven príncipe, habia esperado en largas horas de angustia y sobresalto las noticias que habian de librarla de su cruel incertidumbre. El monarca que la ha visto constantemente afligida durante la ausencia de aquel, ignorando la causa de su melancolia, no ha querido afligirla mas con sus amorosas instancias, y por una abnegacion hartamente costosa para un amante la ha permitido que llora en la soledad penas que tal vez no tendrian objeto, esperando verla con prontitud feliz y risueña en sus brazos, luego que se dispiera aquella fugaz tormenta que habia estallado en la primavera de su vida.

Pero hasta el lejano retorno de Zahra ha llegado el tumulto del regocijo popular, é ignora si aquellos clamores son el eco de un triunfo ó de una derrota. Asi luego que ha visto llegar al rey con paso vacilante al pie de un mirador, en donde habia estado en observacion, ha descendido de allí con rapidez, procurando leer en el semblante del monarca el resultado de los sucesos.

—¡Terrible adversidad! exclamó el rey, dejándose arrebatado por el torrente de sus ideas: ¡la mano de Allah ha humillado al príncipe de los Muslimes, al soberano de los creyentes!

—¿Han sido vencidos nuestros escuadrones? ¿ha muerto su caudillo á manos de los infieles? preguntó Zahra con dolor.

Zahra no podia adivinar que los motivos de la tristeza del monarca fuesen otros que la derrota de su ejército y el peligro de sus dominios amenazados. El Sultan por su parte no comprendia el vivo interés que aquella manifestaba por la suerte de un príncipe á quien no debía conocer; pero á fuerza de reflexionar, una leve sospecha cruzó por su imaginacion.

—¿Tanto sentirías, la pregunta, la desgracia de un príncipe rebelde, que se ha sublevado contra mi poder y levantando al pueblo ha querido derribarme del trono de mis escelsos progenitores?

Zahra calló: el dolor embargaba su lengua. Muhamad quiso aventurar un golpe decisivo y con voz solemne y apagada.

(1) Mayordomo mayor.

—Pues bien, la dijo; nuestros guerreros han sido barridos por el enemigo como las débiles asistas de un campo de mieses por el viento abrasador del Africa, y el emir Abul-ben-said ha perecido con la flor de los valientes.

La joven cayó sin conocimiento sobre el suelo de alabastro.

Entretanto el príncipe presenciaba esta escena oculto detras del espeso follage de la bóveda de los laureles á donde le habia conducido la misteriosa ave, la cual luego que vió á la princesa desmayada voló á sus pies, acariciando con su pico y sus alas las manos y brazos de marfil de la jôven, cubiertos de brazaletes y sortijas, al par que exhala un lastimero arruyo.

Un ligero grito se escapó de los lábios del jôven Abul, que en vano trató de abrirse camino entre el ramaje con el acero de su puñal damasquino para salvar á su adorada.

Pero el Sultan despues de vacilar un instante y golpear el pecho con desesperacion, alzando su vista al cielo para implorar la misericordia de Allah y su Profeta que multiplicaban los sinsabores de su vida, corrió á tomar agua en el hueco de sus augustas manos de un manantial inmediato y rociando á la jôven en la frente y en los ojos, la hizo volver en sí.

Sumamente agitada y como si despertase de una horrible pesadilla, la primera palabra que pronunciaron sus lábios fué—¡Abul ben Said ben Allah.

La cólera del rey parecia reanimarse segun la princesa iba cobrando el uso de sus sentidos.

—¿Con qué es cierto, la preguntó con mal segura voz, que tu amabas á ese príncipe y por eso has rechazado con esquivéz mi afecto?... Y ¡lías podido verle, profanando con tu infame conducta el sagrado asilo de mis alcázares y el retiro de mi harem?

—Sí, ¡le amaba! exclamó ella con el acento de la desesperacion; mas la mano del ángel de la muerte le arrebató á mi amor y al mundo. Yo soy tu esclava; si tu justa cólera me condena á una muerte afrentosa no me quejaré de tu rigor. En vano querria oponerme á las desgracias que están escritas en el libro de mi destino. Sin él ya no aprecié en lo mas mínimo la vida.

—¡Mi imperio! ¡la muger que yo amo! ¡oh! todo me lo arrebató la fatalidad; yo seré el último de los príncipes de mi raza.—¿Qué conseguiria con verter tu culpada sangre? El emir alzaria los pueblos en su favor, y enviaria mi cabeza á ser pasto de los cuervos y otras aves de rapiña. ¡Que no permita el señor que yo toque á uno solo de tus cabellos! Tú eres para mi sagrada é inviolable; yo en tanto aguardo tranquilo la ejecucion de los decretos de Allah.

—¿Era inocente! Me amaba y no me ha hecho traicion! exclamó el emir, al tiempo que la hoja de su puñal le acababa de abrir un paso entre el espeso follage; y cuando salió de allí se le ofreció el espectáculo de la princesa arrodillada ante el rey como una víctima ante su verdugo.

El ruido de sus pasos alarmó á Mohammed, que se volvió pintándose la magestad en su indignado semblante.

—¡He aquí, dijo el emir con voz firme y sonora, un esclavo cuya cabeza puede segar tu alfange en vez de la hermosa de la que adoro.—El arrogante y fuerte leon pretendió, durante la ausencia de su consorte, aprisionar en sus garras la paloma de la hermosura; pero á la vez tu débil rival se ha convertido en una robusta y poderosa águila que postrará á sus pies al leon.

—Príncipe, respondióle el monarca: la paloma de la hermosura ha salido intacta y sin mancha bajo de las uñas de leon, aunque soberbio, generoso. Ahí la tienes: Allah con quien este la entrega, no yo que soy débil para resistir á su voluntad. Tambien descénse la corona de mi frente; ¿qué decide tu magnanimidad?

—Tú eres un monarca muy digno de conservar el sôllo de tus padres; yo solo puedo amar la vida libre y aventurera, porque reconozco por muy pesada la carga que sobre la frente impone la magestad. Conserva tu imperio; la princesa Zahra será el único trofeo de mi victoria. La ama mi corazon, y la haré mi esposa ante Allah que lo vé todo y que lee en los corazones.

—Generoso y magnánimo príncipe: tus acciones revelan la ilustre sangre que corre por tus venas. Pero tú solo y el iman que te ha revelado al pueblo de los creyentes, podeis confirmarme y fortalecerme en el poder que me restituíes. Ambos merecéis mi alta estimacion y la de la córte y el pueblo, y ambos solamente podeis hacerme recobrar con ellos mi perdido prestigio. Al iman le nombro desde ahora mi primer wasir, y obtendrá otras mil distinciones de mi mano. Tú puedes escoger, si no te agrada vivir en la córte, el mejor punto de mis dominios, donde mis vasallos sean tus súbditos y obedezcan sin contradiccion tu ley. Zahra será tu esposa, y el dote que la señalo, á mas de las joyas y alhajas que como sultana mia la pertenecieran, es este palacio suntuoso en que ahora habita, ú otro si lo abandona, en la ciudad de su residencia.

El corazon de Zahra rebosaba de amor y de placer. Para el jôven príncipe fué este el dia mas feliz de su vida, y cuando volvió á hallarse en los brazos de Zahra, solo pensó en corresponder mas y mas con su afecto á la bella y apasionada jôven.

El rey y el emir ambos se cumplieron religiosamente su palabra, y el pueblo continuó gustoso y tranquilo bajo la dominacion de aquel monarca dirigido por su sábio primer ministro el iman Abderrahman ben Alcariri. Las historias árabes encarecen las sublimes y grandiosas prendas de aquel rey clemente y generoso.

Abul-ben-Said y la princesa Zahra permanecieron algun tiempo disfrutando las delicias de su amorosa union en el palacio de Darlaroca en el Generalife. Despues el príncipe, fiel á su carácter aventurero, hizo largos viajes por España, Africa y el Oriente, acompañado de su esposa.

El emir Abul ben Said ben Allah escribió diversos libros de historias y elegantes poesías, que se conservan en las tradiciones de los árabes y moriscos.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

RECUERDOS DE RUSIA.

LOS BOHEMIOS.—SU ORIGEN, SU FISIONOMIA, SUS BAILES Y CANTOS, TORJOK, FABRICAS DE CALZADO ADAMASCADO Y BORDADO, TRAJE DE LAS MUGERES.—KHOROVOD: CANTOS Y BAILES DEL PUEBLO RUSO.—CIUDAD DE TYER.

En Bronnitsi, aldea dominada por un ribazo desde donde todavia se distinguen las cúpulas de Novogorod, cuando el sol hace brillar su cubierta metálica, encontramos cinco familias de tsiganes ó bohemios. Al momento nos rodearon estos nuevos cristianos, á quienes los rusos de la aldea tratan con benevolencia y ejemplar caridad. El origen asiático de esta raza vagabunda se aclararia del todo por los rasgos característicos de su fisionomía, si la historia de sus emigraciones no la hiciese presumir. Todo parece que indica que los tsiganes ó tchinquinetes habitaban al principio el delta del Indus; y que echados de sus moradas por las hordas mongolas á principios del siglo XV, se avanzaron lentamente hácia el Occidente y el Norte, engruesándose su tropa con las familias fugitivas que se les unian, la mayor parte de sangre árabe, que abandonaron para seguir á los tsiganes, la Persia, la Siria, y sobre todo el Egipto. Hácia el fin del siglo XVI la vanguardia de este andrajoso ejército penetró en las provincias francesas; cincuenta años mas tarde se deslizo hasta las estremidades de la Gran Bretaña, España é Italia. Los antiguos franceses los llamaron bohemios ó bohemianos, tal vez por desprecio, porque las hordas que habian penetrado en aquel reino llegaban de la Bohemia, donde no ha quedado ningun vestigio de esta emigracion. Los españoles los denominaron gitanos, en la persuasion de que traian su origen de Egipto; la misma opinion, mal fundada, escepto para una fraccion de este pueblo, les hizo llamar gypsos en Inglaterra y Escocia. En todas partes eran idólatras, ó mas bien extraños al cristianismo, judaismo é islamismo; sin culto público, pero guardando algunas reglas tradicionales; hábiles sobre todo en explotar las supersticiones de los pueblos civiliza los en medio de los que venian á buscar su subsistencia. Diversos ensayos de civilizacion les han sido impuestos en el curso de los sesenta años últimos; pero de un extremo á otro de la Europa se han manifestado igualmente refractarios y han sufrido como una pena en lugar de aceptar como un beneficio el sello del cristianismo y el ejercicio de industrias sedentarias, regulares y lícitas; el instinto de la vida nómada domina todavia sus facultades.

Las facciones de estas familias tsignas nos chocaron singularmente en medio de los moujiks rusos que les rodeaban. Es ciertamente difícil encontrar figuras de hombres mas hermosas y espresivas que las que se encuentran á cada paso entre los aldeanos de la Gran Rusia; pero estas fisionomías septentrionales llevan yo no sé qué sello de su latitud. Sin duda los rusos son tambien orientales, pero orientales del Norte. Solo cuando se les compara á las naciones finesas es cuando se encuentra juego en su espresion; pero los tsiganes llevan la marca profunda del sol ardiente de su clima.

Es maravillosa la persistencia en las razas humanas de todas las facciones fundamentales del carácter físico, intelectual y moral. Los tsiganes de Bronnifai habian nacido en la zona boreal del imperio ruso. Sus antepasados, remontrándose hasta la décima generacion no habian tenido otros sitios de nacimiento, otros lugares de peregrinacion que las frias comarcas comprendidas entre el nacimiento del Dou y las márgenes del Volga. Sin embargo, estos últimos vástagos de la vieja rama indiana, casi nada diferenciaban de sus compatriotas nacidos en el Indus.

Envueltos en sus capas desgarradas, medio oculto el rostro por la ancha ala de su sombrero, con sus negros cabellos en desórden, bronceados, como los beduinos, nos miraban en silencio con sus espresivos ojos cubiertos de anchas cejas.

Las mugeres por el contrario, se apresuraban á rodearnos. Comparándolas á las paisanas rusas, se hubiera dicho que eran aquellas princesas de tiempos heróicos; imponentes y hermosas aun bajo sus harapos. Ismena mendigante, Electra reducida á esclavitud ó bien tres de las hijas de Egyptus, bellas, negras, fugitivas y suplicantes en medio del pueblo de Danao. ¡Qué finura en las facciones de estas asiáticas! ¡qué espresion de pasion y sufrimiento en sus ojos negros, en torno de los que se plegaban unos párpados preciosamente dibujados! ¡Qué armonía tan insinuante en el sonido de su voz! ¡Qué elocuencia salvaje en su estilo medio bíblico y medio familiar! ¡Qué delicadeza en la forma de sus manos, de sus pies, y de las formas que se dibujan bajo aquellos harapos que saben ajustarse tan pintorescamente! Estas mugeres no se avergüenzan; pero se diria que bajo su cutis casi negro circula fuego en vez de sangre.

Bailaron dos jôvenes en tanto que sus madres tambien sumamente jôvenes, llevaban el compás con las palmas de la mano y observaban con cuidado los movimientos de un baile al que solo faltaba el ser ejecutado en el templo de Krichna. Porque era un drama, un drama de amor, de amanza, de violencia. Si las palabras que le acompañaban, cantadas en el idioma nacional de tsiganes, eran ininteligibles para nosotros, la pantomima tenia aquella elocuencia cuyo efecto se comprende bien, la voz breve y entrecortada de las que cantaban, concluia por resonar como el ruido de una tempestad. Las bohemias nos ofrecieron en seguida decirnos la buenaventura. El pueblo ruso no duda de su saber adivinatorio, y los trata con consideracion, porque no profesan el cristianismo que proscribiera esta doctrina oculta. No son menos pródigas de figuras de cruces é interjecciones piadosas que los mismos Moscovitas; pero cuando despues de haber estudiado las líneas de la mano y haber apretado una pieza de plata indispensable para desatar su lengua, comunican el resultado de sus observaciones, lo hacen con un tono á la vez tan patético y tan dulce, con tal apariencia de conviccion y de interés, que es imposible no recibir una impresion bastante duradera por contraria que sea á la buena razon.

Los bohemios volvieron alegres á sus chozas establecidas fuera de las aldeas. Los tsiganes son en medio del pueblo ruso lo que los cananeos fueron muchos siglos antes en medio del pueblo de Israel. Al mirar sus carros sus reuniones alre-

dedor de la hoguera que dá luz toda la noche, sus bailes y sus comidas se cree estar leyendo un capítulo del libro de los jueces ó la emigración de los Filisteos á los desiertos de la Palestina. Pero la ilusión no dura mucho tiempo y todos los rasgos de la naturaleza boreal están fuertemente impresos en el paisaje cuando se llega á los montes Waldai.

Torjok era la ciudad fronteriza del estado de Novogorod hácia el Sud; allí se detuvo, por espacio de mas de dos siglos la dominación permanente y reconocida de los tártaros (desde 1239 hasta 1458). Allí fué donde los productos de la Rusia meridional y de las regiones asiáticas se cambiaban con las peleterías del Norte y los objetos de comercio importados á Novogorod por los barcos de la línea asiática; este era el gran mercado central de la Rusia; el punto habitual de contacto entre la industria del occidente y el de Oriente. Torjok largo tiempo codiciado y muchas atacado por los príncipes de Tver, y esta pérdida, escitó en el cuerpo todavía formidable de los ciudadanos de Novogorod un odio implacable á soberanos que estaban evidentemente interesados en defenderlos de los monarcas que residían en Moscou. La caída de Tver aplanó la barrera á cuyo abrigo había prosperado mucho tiempo la independencia de Novogorod. Torjok ha conservado una rama de industria bastante floreciente, ha conservado segun todas las apariencias por los antiguos montañeses; es la preparación de los cueros, su tinte y sobre todo el bordado con hilo de oro y plata; la pintura de tafletes de diferentes colores se hacen en Kazan; pero Torjok tiene siempre algunos obreros de este género. Las tiendas de cordones de esta pequeña ciudad parecen una reproducción hecha á los mercados de Ispahau ó de Delby. Son estrechas y bajas, pero resplandecientes con los bordados; el oro y la plata brillan por todas partes, la seda blanca y el carmesí resalta en los botines y babuchas de caña, verdes y otros colores y todos á la vez combinados en dibujos raros tomados de modelos persas. No nos cansaremos de repetir que los mongoles nada han importado á Rusia de lo que es propio, salvo lo rudo y grosero de sus tiendas y el desprecio de la vida humana que con frecuencia han inculcado en sus súbditos sus crueles expediciones; pero en cuanto á lo demás estos conquistadores medio salvajes se despojaron prontamente de su nacionalidad, adoptaron el idioma de los turcos, la religion de los árabes y las artes de los persas; formidable conducto por medio del que la industria y el saber del Asia se presentaron mas de una vez á la entrada de Europa, pero sin ser admitidos, salvo sus vagatelas, como las botas de Kazan y las babuchas de Torjok.

A la claridad de una lámpara, los comerciantes barbudos de este lugar nos enseñaron las riquezas de su industria que aunque enteramente musulmana en su origen se encuentra sin embargo ejercida por manos completamente ortodoxas. El buen mercado de este calzado apenas es notable mas que por su brillo.

Tambien se hacen en Torjok gorros griegos bordados igualmente de oro y plata con una borla de seda azul, necesarios á todo buen creyente para la proteccion de sus desnudas cabezas, y que los rusos encuentran igualmente cómodos sobre sus espesos cabellos. Los hombres del pueblo, y sobre todo los jóvenes, para impedir que el pelo cortado á la altura de los ojos, no caiga adelante y les moleste cuando se dedican al trabajo, usan de una banda de cuero adornada con cabezas de clavos de plata y de cobre que las aprietan fuertemente sobre la frente. La diadema, la camisa bordada con hilo encarnado en la pechera, cuello y puños, los zapatos de corcho y un capote de pieles de carnero, componen el traje distintivo desde los tiempos mas remotos hasta ahora de un verdadero *monjil*.

Las tiendas de Torjok tienen el privilegio de detener algun tiempo en el camino de Moscou á los viajeros mas desdénosos; pero lo que vale mas que los bordados tártaros y las adornadas babuchas, contra las que se exaltaba hace dos mil trescientos años la cólera económica de Confucio, lo que vale mas que las sandalias de oro de Montezuma es un Khovorod de jóvenes tal como lo vimos en Torjok.

Es célebre la extraordinaria riqueza del traje de las mugeres en este distrito. Una joven del pueblo lleva por lo comun su dote en las orejas, en la cabeza y en el cuello, los pendientes son de perlas finas; los adornos de la cabeza son de galones de oro; el collar de ambar, intercalados de piedras finas que van cayendo hasta el seno. Un gran velo bordado de lentejuelas de oro y flores de sedas de colores y zapatos bordados igualmente de oro era lo que completaba su traje, y así sucedía con frecuencia que se retardaban las bodas porque consumía todo el capital de los padres el importe de los trajes.

El Khovorod de que hablamos se había celebrado de noche y por la mañana á la salida de la fiesta las bailarinas para preservar sus adornos del rocío se pusieron hermosos pañuelos de seda en la cabeza y se envolvieron en capas de indiana. Estas bailarinas eran de todas edades de doce á veinte y cinco años; y ya las menos jóvenes habían perdido su frescura. A decir verdad ninguna de estas figurantes eran bonitas, pero había ingenuidad en sus maneras, fineza en su espresion, y el juego de sus miradas, la franqueza y al mismo tiempo la modestia y la alegría compensaban la falta de hermosura que es una regla que admite pocas escepciones entre las mugeres de la clase inferior de Rusia.

El Khovorod es un baile verdaderamente dramático, un vivo comentario de todo lo que nos han transmitido los antiguos de los coros del teatro griego. Las bailarinas forman un coro agarrándose todas por las manos y en su centro se coloca la corifea que marcha lentamente hácia sus compañeras, marcando con sus pasos la medida del canto y por sus evoluciones, el cambio de ellos, se baila menos que se canta; la relacion es lo principal, la parte mas variada y la mas viva de la diversion; los pasos no son mas que lo accesorio y salvo el grado mayor ó menor de velocidad, no ofrecen apenas mas que la repeticion de un movimiento bastante armonioso, mezclado de capricho é indolencia. Se cantan baladas, esos inimitables cantos populares, transmitidos por la tradicion y cuyos autores, ni lugar de su origen no se conocen; una de las mas preferidas por los paisanos rusos es la llamada cancion del Danubio, *Dounaia*; y cada estrofa termina por una invocacion á este rio, cuyo recuerdo se ha transmitido de una manera misteriosa á los descendientes mas remotos de

los Slavos que han vivido á sus orillas. Viene en seguida todo un drama y un drama de amor, pero distraido del de los aldeados de teocrito.

La corifea imploraba los buenos oficios de sus compañeras para negociar su union con un hermoso jóven, mercader rico y generoso; una disimulada vecina, emprendió el concluir este tratado; al entrar en el corro que permanecía inmóvil se balanceaba con graciosa lentitud, recogía todos los votos y consejos. El jóven ofrecía su mano, si aceptaba con alegría viva, respetuosa y agradecida. Despues la elegida era conducida al lado de cada una de sus compañeras, á quienes daba gracias recibiendo al mismo tiempo felicitaciones. Una de ellas daba entonces instrucciones á la Nivista acerca del modo de conservar el afecto de su futuro señor y de cumplir sus deberes, y pintándola el cuadro de su nuevo estado, tanto por la felicidad, como por el lado sensible. Así acababa el pequeño drama, homérico en su principio, bíblico á la conclusion.

Una melodía mas viva, movimientos mas rápidos, pero no por eso se asimilaban mas á nuestros bailes, anunciaban la relacion de un canto popular medio alegre y medio melancólico, con que terminaba el Khovorod.

Al ver cantar por bocas frescas y acompañadas de la sorpresa de la inespriencia la relacion de la inocencia engañada ó de un hermoso dia perdido, me parecia que asistía á una fiesta de la poesia naciente ó de la juventud del mundo. ¡Ojala pudiera tributar iguales elogios á las voces que me han procurado tantos placeres! Pero ¿cómo disimular que las melodias populares no consisten en Rusia mas que en un pequeño número de notas, que pasan sin transicion de los tonos graves á los sonidos agudos, sin estension, sin flexibilidad, sin armonia?

Pero esta música del norte tiene alguna cosa de característica; no hay jamás afectacion en su tristeza, hinchazon en su vehemencia, fastidio, en su monotonía; y ademas los gestos, las miradas, la espresion de todos los rostros, la pantomima de todas las coristas, la prestan una elocuencia natural de que carecen por lo regular nuestras exhibiciones teatrales.

Riquet y el canal de Languedoc.

Sin profundizar la historia de la antigüedad los tiempos modernos han sido fecundos en grandes obras económicas, entre las cuales ponemos en primera línea, los canales de navegacion y riego; así es que la Bélgica, y sobre todo la Holanda, han conquistado por último inmensos terrenos insalubres y estériles por su gigantesco y bien entendido sistema de canales; la Inglaterra ha dado salida á sus productos agrícolas interiores á beneficio de mas de mil leguas de canales navegables, que han practicado en su territorio en menos de ochenta años, y hasta por ellos han conseguido su defensa, puesto que en el canal de Caledonia pueden entrar fragatas de 32 cañones. La Italia no ha sido menos feliz: la extraordinaria fecundidad de la Lombardia, Ferrara y Mántua es debida únicamente á la abundancia de aguas de riego que proporcionan sus hermosos canales. La Francia, está tierra privilegiada, á pesar de sus bellos y caudalosos rios, tiene varios canales, tanto de riego como navegables, y entre ellos sin duda ninguna el mas notable es el de Languedoc, ó del Mediodía: así pues, consagraremos este artículo á su descripcion y á la biografía sucinta del inmortal Riquet que concibió su proyecto y le puso en ejecucion.

Riquet era hijo de padres italianos, que desterrados de su patria por las sangrientas disenciones de los Guelfos, se habían refugiado en Beyerres, donde vivían modestamente bajo el nombre de Riquety. En el año de 1648 nació Riquet el hijo: desde niño se dedicó con afán al estudio de las matemáticas; las adivinó por decirlo así, pues que las aprendió sin maestro alguno, como lo hizo Blaise Pascal, y á los veinte años había proyectado ya la reunion del Occéano con el Mediterráneo por medio de un canal interior; concepcion formulada ya aunque vagamente por los romanos y por Carlo-Magno, pero de dificultades tan grandes que tanto el rey Francisco I, como Enrique IV, no se habían ni siquiera atrevido á llamar sobre ella la atencion pública para ponerla en ejecucion. A pesar de todo Riquet confiado en sus conocimientos, despues de haber desarrollado todo su proyecto, verificando sobre el terreno cada uno de sus cálculos, tanto para la toma de aguas como para vencer el obstáculo, no menos dificultoso de atravesar el país de Castelnauudary mas alto de los dos mares, se fué á pie hasta Jaris para ofrecer su plan al rey. Por fortuna suya los que entonces tenían entre sus manos las riendas del estado eran dos hombres notables por el afán y el desvelo con que vigilaban y fomentaban la prosperidad de la patria; uno era Luis el Grande, y otro su primer ministro Colbert, que inmortalizó su nombre por las muchas obras grandiosas con que dotó á la Francia.

Riquet tenía entonces veinte años como llevamos dicho: su juventud estrañó á Colbert, que al oír el proyecto conoció ya las grandes dificultades que ofrecía su realizacion; pero no por eso le abandono y solo le hizo varias observaciones sobre lo gigantesco que era su pensamiento y los pocos recursos con que contaba el estado para ponerle en práctica. Riquet contestó: para la Francia no hay obras irrealizables, basta que Luis lo quiera, el deseo del rey es la voluntad de Dios, y se volvió á Beyerres á pie proponiéndose utilizar sus conocimientos en construir casas y edificios, no teniendo por sí mismo medios ni proteccion para ejecutar sus planes de canalizacion. Pero entonces no gozaban los pueblos de libertad; la felicidad, la prosperidad, la independencia y el honor de la patria, no estaban al arbitrio de unos cuantos centenares representantes suyos; la Nacion no se componía entonces de tantas familias, de tantos intereses distintos como en la actualidad; la Francia era una sola familia, una sola patria de 25 millones de habitantes, que no tenían mas que un padre, Luis XIV. Su administracion; pues era sencilla, no mandaba mas que el rey, y así apenas había llegado Riquet ó su pueblo, cuando ya le esperaba allí una orden real admitiendo su trabajo, confiando á sus conocimientos y celo el dirigir su ejecucion, y mandando que á imitacion y con los medios con

que se había hecho el canal de Briar, por 33 señores en el año de 1602, se pudiese en práctica á la mayor brevedad.

Riquet murió á los cuarenta años poco despues de haber llevado á cabo su proyecto; por él el Occéano y el Mediterráneo se hallan reunidos, y sin embargo de tan inmensa obra y de haber por sí solo dirigido los trabajos y administrado las sumas empleadas en ellos, vivió y murió en la miseria.

Con diez y siete millones de francos, construyó Riquet el canal de Languedoc, empleando en el 11,000 trabajadores y catorce años, durante de este tiempo se escabaron 289,900 varas castellanas de terreno á lo largo sobre nueve piés de profundidad y cuarenta de anchura; para la comunicacion de los distintos caminos que por allí cruzan se echaron sobre dicho canal unos cien puentes y cerca de ochenta compuertas para levantar ó rebajar el nivel de las aguas.

Pero lo mas notable del canal de Languedoc es el pantano, de donde Riquet proporcionó á su obra las aguas necesarias para atravesar la comarca de Castelnaudares, considerablemente mas elevada que el mediterráneo y el Garona con el cual el canal se comunica. Este pantano llamado de San Terreol es una pared de granito de cuatrocientas varas de largo, setenta y dos de grueso y como unas setenta de altura, que obstruye é impide la corriente del arroyo de Laudun, reuniendo dos montañas y formando de este modo un lago de dos leguas de circunferencia, donde los diversos valles formados por las sierras, llamadas negras, vierten sus aguas y conteniendo cuando está lleno 10.914,634 varas cúbicas. Para atender á las necesidades del canal, el pantano de san Ferreol está dispuesto del modo siguiente, á la parte opuesta del agua, tiene el muro una entrada parecida á la de una cueva, dentro de la cual se ha practicado un arroyo para recibir el agua del lago, cuando por medio de los grifos, que hay debajo de él, se ha de extraer cuanto fuere del caso, y cuyo arroyo corre en busca del canal siempre en direccion opuesta al dique. Para llegar á estas fuentes artificiales se atraviesa por debajo del muro en todo su espesor en la mas completa obscuridad, y por dos veredas paralelas al arroyo en cuyos bordes hay barandillas, despues de lo cual se baja una escalerilla, desde cuyo momento ya se está enteramente debajo de la inmensa laguna. Segun la cantidad de agua que ha de suministrarse al canal se abren uno, dos ó mas grifos, y el espantoso ruido que produce su salida impetuosa, lo que la imaginacion se forja la considerarse con ciento cincuenta piés de agua encima, y lo tenebroso del sitio, reclaman una presencia de ánimo muy superior y una sangre fria capaz de abandonar al hombre mas valeroso.

EL CONDE CARLOS DE RAMSAULT.

ESCENA DEL PROFETA.

El teatro Real está espirando; la concurrencia que antes llenaba todas las localidades, le ha abandonado; las partes principales de la compañía de ópera y baile se indisponen todos los dias; los coros y las bailarinas se pronuncian con frecuencia; los acreedores embargan el teatro y la temporada de verano se viene encima sin que se haya dado el número de representaciones comprendidas en el abono. Ha pasado el primer año del Teatro Real sin que veamos en él mas que óperas conocidísimas y de escaso aparato; la direccion ha tenido el mal gusto y peor cálculo de no poner en escena ninguna de esas grandes partituras, *Los hugonotes*, *Roberto el Diablo*, *Los Mártires*, *El Profeta*, *La Tempestad*, y otras nuevas para el público de Madrid, que hasta ahora no había tenido un teatro capaz de presentar representaciones de tanto empeño. Nosotros presentamos en este número una escena capital de la penúltima de estas óperas, tal como se ha ejecutado en Paris, y confiamos en que la empresa venidera del teatro de Oriente será mas hábil, y sabrá sacar mejor partido de este vasto y magnífico local.

LA RENTA DEL MENDIGO.

Un mendigo que no tenía mas que una llaga insignificante, encontró un dia á un cofrade suyo cuyo aspecto horriporaba.

—¿Cuánto ganas diario? le preguntó el primero.

—Ocho reales, le contestó.

—¡Ocho reales! No daría yo mis ganancias diarias por ochenta reales si tuviera la suerte de estar tan enfermo como tú.

TREINTA DINEROS.

En una almoneda compró un judío un crucifijo de marfil, y despues pedía por él á cuantos querían comprarle un precio exorbitante. Uno de los compradores exasperado por su avaricia le dijo: «Hombre, me estraña que pidas tanto por la copia, cuando tan barato vendisteis el original.»

EL SEGUNDO VASO.

Un médico recetó á una de sus enfermas el agua de Sedlitz. La enferma hizo un gesto de despecho, y le dijo que era un brebaje que la repugnaba.

—«Solo el primer vaso es el que cuesta beber, «dijo el médico,» porque al segundo ya se hace mas soportable el sabor.

—Pues entonces, contestó la enferma, empezaré por el segundo.

EL CAMINO MAS RECTO PARA LA CARCEL DE NEWGATE.

Un aldeano recién llegado á Lóndres preguntaba cual era el camino mas corto para ir á la carcel de Newgate. Uno que lo oyó, le dijo.

—Atraviesa la calle, entra en la tienda de aquel joyero, coge dos copas de plata, y salte corriendo: verás como dentro de diez minutos estás en Newgate.

COSTUMBRES.



Prso largo de una cocinera de casa bien acomodada, cuando se ha entretenido dos horas mas de lo justo hablando con su galan.



Pánico que se apodera de los oficinistas cuando cunde la noticia de que al fin se van á hacer indudablemente economías.



Matrimonio del siglo pasado en el acto de ver por vez primera un convoy de ferro-carril en marcha.



Futuros millonarios que ven ya explotada una rica mina de oro, en menos tiempo que consumen una botella de cerveza.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.